

ÍNDICE

I. LA VIDA MILITAR.....	7
1. Maniobras.....	9
2. Amparo en Ribarroja del Turia.....	15
3. Haber estudiado más.....	21
4. Al cielo profesional.....	27
5. Parirás con dolor.....	33
6. Lucha por tus sueños.....	39
7. Jefe de compañía.....	45
8. Dolores.....	51
9. Desde la residencia de oficiales.....	59
10. Moros y cristianos.....	63
11. Noche de San Valentín.....	69
12. Regalos.....	77
13. Jaque mate.....	85
14. Triana.....	95
15. Regreso.....	107
16. Caminos.....	117
17. ¿Libre de qué?.....	119
II. LA VIDA CIVIL.....	125
1. El <i>Heraldo de Valencia</i> . La vida civil.....	127
2. Más sopa.....	135
3. Interludio.....	139
4. Salou.....	145
5. Recuerde el alma dormida.....	151
6. El duelo.....	155
7. Todos contra Juan Penalba.....	159
8. La cena con José Emilio.....	163
9. La batalla de las naciones.....	167

10. Fiesta de final de curso	175
11. Contra el destino.....	181
12. Mes de julio.....	185
13. El pecado de Ramonet.....	189
14. El poder de la casta.....	195
15. Vilamajor del Pagès	201
16. El Quijote y la estelada	211
17. Gerona	217
18. Jordi después de San Jordi.....	225
19. Boda de Gallarza.....	231
20. La mano	235
21. Hoy hablamos español	241
22. Germanwings	251
23. Funeral de Estado.....	255
24. Carmen Hontañón.....	259
25. El paseo de los Alemanes.....	267
26. Desesperanza.....	273
27. Boda	277

MANIOBRAS

Maniobras en los campos de Chelva, muy cerca del río Turia.

Los tenientes Raquel Piqueras y Juan Penalba, ella oficial de la escala superior y él de complemento, dirigían sendas secciones. La mujer, a punto de ascender a capitán, preparaba con mano de hierro el simulacro de guerra que enfrentaría su tropa a la de Penalba.

A primera hora de la mañana un soldado de origen sudamericano bajo el mando de Piqueras se había presentado tarde a formación y ella ordenó que le llenaran la mochila de piedras. Recién comenzada la noche, continuaba cargado con la mochila y el peso había mellado sus resistencias. Dicho castigo servía de escarmiento al resto de soldados.

—¡Acercaos, jefes de pelotón! —gritó la teniente.

A los pocos segundos, tres sargentos corrieron y se cuadraron casi al unísono ante ella.

—¡Quiero un camuflaje nocturno perfecto! ¡Ocuparemos posición de defensa perimetral para que el enemigo no logre sorprendernos! ¡En silencio absoluto y prohibido hasta respirar!

—Mi teniente, ¿dejamos al ecuatoriano con las piedras en la mochila?

—¡Por supuesto! ¡Ningún militar llega tarde a sus obligaciones! ¡Como se le ocurra quitársela, le meto dos meses de calabozo!

El capitán Sánchez-Vegas, jefe de las maniobras, parecía contemplar a su teniente Piqueras con agrado. Piqueras era disciplinada, exigente con los subordinados y enfocada al resultado. Enfrente tendría, como enemigo, al permisivo e indisciplinado teniente de complemento Juan Penalba, que era licenciado en Filología Hispánica. Hablaba por teléfono, y sus

soldados fumaban y reían, con la relajación de quienes nada temen porque nadie asusta.

—Sí, Amparo, esta noche apenas dormiré —dijo a su novia valenciana—. No te preocupes, estaré bien.

—¿Preparamos ya a la tropa, mi teniente? —gritó un sargento—, ¡vamos muy retrasados!

—Disculpa, Amparo, debo guardar el móvil.

—¡Teniente Penalba! —gritó el capitán—, ¡forma a tu gente de una vez, que la teniente Piqueras ya ocupa posición de defensa y tú ni siquiera has comenzado!

Los cincuenta soldados de Penalba se aproximaron finalmente a formación entre risas y compadreo; la mayoría sin pintura de camuflaje. De ellos, una docena eran mujeres que, por iniciativa propia, se habían pintado el rostro de negro para camuflarse en la oscuridad. En general, mostraban mayor atención y compromiso que sus compañeros. La soldado Lozano, conductora del teniente en las maniobras, era resuelta y trabajadora, con unos ojos azules que parecían brillar en la oscuridad. También lo era la cabo Martínez, quien además mandaba un pequeño pelotón de soldados, como si fuera un sargento. Pero a quien más apreciaba el teniente como militar era a la soldado Torres, quien formaba binomio castrense y también sentimental con la soldado Velasco.

El ataque implicaba exponerse ante un enemigo agazapado y oculto cerca del río Turia, alerta ante cualquier sonido, circunstancia que anulaba casi toda posibilidad de sorpresa y hacía la victoria inverosímil. Pero durante el simulacro, que por lógica debía ganar la sección de la teniente Piqueras, ocurrió en algún momento lo impensable:

—¡Capturado, manos arriba! —dijo uno de los mejores soldados de Penalba, de apellido Durán.

Durán acababa de capturar al chico de origen sudamericano que llevaba castigado todo el día con la mochila cargada de piedras. Lo encontró tumbado en la orilla del río, agotado por el peso y dormido bajo el amparo de la noche y el rumor de aguas. También la soldado Marina Torres, mostrando una destreza felina, sorprendió por la espalda a un soldado valenciano sin estudios que padecía de sordera.

—¡Estás muerto! —exclamó victoriosa.

—¡No te he oído!

El simulacro de guerra concluyó con dos defensores capturados por un solo atacante, que resultó ser la conductora del teniente Penalba, la soldado Lozano.

—Mi teniente, quiero disculparme por haber sido capturada.

—No importa, Lozano. ¡Hemos ganado! ¡Tú también has ganado!

—Por esa parte estoy feliz, mi teniente. ¿Sabe?, como conductora suya me gustaría llevarle a todas partes con el todoterreno.

—¿Adónde me llevarías?

—No sé, ¿al fin del mundo?

Una vez reunida la sección en el campamento, el teniente Penalba celebró su victoria sobre la teniente Piqueras sin disimulo. Su sección estaba entusiasmada.

—¡Habéis vencido, bravos guerrilleros del Ejército español!, ¡y mañana por la mañana se acabaron las maniobras!

—¡Gracias, mi teniente, han sido las mejores maniobras de mi vida! —exclamó entusiasmado el soldado Durán, que formaba junto al grueso de la tropa.

—¡Durán, Torres, venid aquí! —ordenó el teniente.

Los soldados se situaron a su izquierda. Frente a ellos, el resto de la tropa observaba fervorosa y entregada.

—¡Estos soldados son los héroes de la noche! ¡Vivan los soldados Durán y Torres! —exclamó el teniente.

—¡Viva! —gritó jubilosa la tropa.

La teniente Piqueras escuchaba la arenga en la distancia. Ella, que no había reparado en medios ni estrategias para vencer en el simulacro de guerra, había perdido contra todo pronóstico. Los soldados victoriosos, exaltados, no podían contener su orgullo. La soldado Torres felicitó a su novia, la soldado Velasco, con un rudo abrazo. Mientras tanto, los derrotados guardaban silencio y el soldado de origen ecuatoriano, con mirada mortecina, permanecía exhausto y de pie con la mochila cargada de pedruscos a su espalda.

—¡Te has dormido junto al río, basura humana!

—Perdón, mi teniente.

—¡Sargentos, formad a la sección por pelotones!

Al instante, con disciplina prusiana, se formaron frente a ella los distintos grupos que conformaban su sección. Uno tras otro, los sargentos le dieron novedades.

—¡Salid de formación los capturados por el enemigo!

Los dos soldados capturados por la sección de Penalba abandonaron la formación y se situaron ligeramente detrás de ella.

—¡Esta noche no habrá imaginarias! —gritó la teniente—, ¡porque estas dos escorias estarán toda la noche vigilando! ¡Además, al amanecer repondrán el agua de los aljibes, encenderán los grupos electrógenos y darán el desayuno!

Deshonrados en sesión pública, el militar de origen latino cerraba los ojos, mientras el otro miraba al suelo.

—¿Me habéis oído?

—Sí, mi teniente, a sus órdenes —respondió el valenciano sordo, asintiendo con la cabeza.

—¡Y además quedáis arrestados el fin de semana en el cuartel por incompetencia!

—¡Mi teniente! —exclamó uno de los sargentos—, ¡el ecuatoriano ni la está mirando! ¡Es una falta de respeto!

El soldado mantenía los ojos cerrados, con las manos entrelazadas a la altura del vientre para aliviar el peso de su mochila.

—¡Es una basura humana, una vergüenza! —gritó Raquel Piqueras—, ¡llega tarde a formación!, ¡se duerme en combate!, ¡y ahora me falta al respeto! ¡Metedlo al río para que espabile! ¡Así no volverá a dormirse!

—¡A la orden, mi teniente!, ¿cuánto tiempo?

—¡El que haga falta, sargento, y hasta que yo lo diga! ¡Y que ni se le ocurra salirse del río!

En la sección del teniente Penalba, la soldado Lozano se quitaba la pintura negra con toallitas utilizando un espejo. Levantó la mirada y descubrió al capitán Sánchez-Vegas, jefe de las maniobras, observándola. Por su parte, la cabo Martínez daba agua a los soldados de su pelotón, como un sargento más. Con movimientos repetitivos, se inclinaba hacia el aljibe, llenaba un bote y lo entregaba a cada soldado. Al terminar, el capitán Sánchez-Vegas, quien la había estado observando a sus espaldas durante todo el proceso, se acercó a ella y posó

una mano en su hombro. Martínez asentía respetuosamente con la cabeza mientras le hablaba.

Cerca de la zona de campamento donde se ubicaba la sección de la teniente, había una calma tensa. Sus soldados estaban apiñados y en silencio junto al río. Penalba se acercó a ellos; al llegar a la orilla, divisó al soldado de origen sudamericano en medio del río Turia, con el agua alcanzando sus hombros y de espaldas a la corriente. Aunque la oscuridad dificultaba ver su rostro, temblaba de frío y miedo. La teniente solo le había despojado del fusil, pero lo había mandado al agua con la mochila cargada de piedras.

Quienes advirtieron la presencia del teniente cuchichearon su nombre, desconcertados al ver a un oficial mimetizándose con ellos de esa manera. Llegó después, atraído por la acumulación de soldados junto al río, un sargento del teniente Penalba y ordenó que el soldado saliera fuera, que eso no era un castigo sino una venganza. El soldado sudamericano se movió hacia la orilla, pero en ese momento la teniente Piqueras apareció y corrigió al suboficial.

—¡Vuelve adentro! —ordenó, y el soldado obedeció—. ¡Antes de tomar ninguna iniciativa, sargento, consulta con la jefa de la sección! ¡Te exijo respeto!

—Mi teniente, por favor —replicó el suboficial—, no lo maltrate así...

—¡Ese *panchito* me ha faltado al respeto! —replicó Piqueras—. ¿Y todavía lo defiendes, sargento? ¿Estás tú también faltándome al respeto? ¡Respeto, te exijo respeto!

El suboficial reparó en su teniente, de igual jerarquía que Piqueras, buscando su apoyo; sin embargo, el teniente Penalba miraba hacia el agua ensimismado, como si no tuviese poder alguno.

Finalmente, fue el capitán Javier Sánchez-Vegas quien se acercó y atacó de modo enérgico a Piqueras.

—¡Saca ese soldado de ahí, Raquel! ¡Es una orden! Es humillante y hasta peligroso. ¡Sácalo de la corriente ahora mismo!

—A la orden, pero la mochila de piedras la seguirá llevando.

—¡Saca también las manos de los bolsillos para hablarme!

La teniente se arrimó a él, agarró sutilmente su antebrazo y le habló cerca de los labios, como si deseara besarle. El capitán Sánchez-Vegas se apartó sutilmente de ella.

Salió del río Turia el soldado de origen ecuatoriano y se le vio deambular por el campamento con las ropas mojadas y la mochila cargada de piedras. Tiritaba de frío. Esa noche no podría dormir, ya que realizaría labores de vigilancia.

Por fin el campamento guardaba silencio. Solo quedaban fuera, aparte de los dos vigilantes castigados por la teniente, el capitán Sánchez-Vegas y la cabo Martínez. El capitán hablaba al oído de la cabo, acercándose mucho a ella, y esta sonreía ilusionada y afirmaba repetidamente con la cabeza. Hablaron un buen rato entre sonrisas antes de marchar a sus respectivas tiendas a dormir.

A la mañana siguiente, recogieron el material de las maniobras e iniciaron la orden de marcha de regreso al cuartel. En cabeza estaba el todoterreno del teniente Juan Penalba y su conductora; detrás y en hilera, como una caravana de gitanos, el resto de vehículos.

—Mi teniente, ¿le puedo decir una cosa?

—Claro, Lozano, dime.

—El traje militar no le sienta bien.

El teniente no respondió. Miraba su móvil, pues su novia Amparo le había enviado unos mensajes.

—Mi teniente, ¿está contento por volver?

—Mucho. Tengo ganas de ir a mi pueblo y olvidarme de todo.

—Lo sabía. Ya le dije que no le sentaba bien el traje militar, que yo soy bruja... ¿cómo se llama su pueblo?

—Almalasa.

Lo cierto es que el teniente había dado muchas confianzas a la soldado y esta, menos recatada que al comienzo de las maniobras, le respondía con interés.

—Todos sabemos que la teniente Piqueras y usted no se llevan bien. Son ustedes tan distintos... ella es tan profesional y... bueno, ya me entiende, tan así, no le importa hacernos sufrir y usted... usted...

—¿Yo qué?

Le respondió con una sonrisa.

AMPARO EN RIBARROJA DEL TURIA

Noviembre de 2006.

«Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a tomar. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén».

Juan Penalba se hallaba, un domingo más, en casa de los padres de Amparo, ambos del Opus Dei. Antes de comer, se rezaban diversas oraciones fervorosas pero de escasa duración. Junto a los padres de Amparo, estaban sus tres hermanas y el marido de la mayor.

«El Rey de la Gloria nos haga partícipes de la mesa celestial. Amén».

Se sentaron todos a comer.

Amparo, delgada y morena de ojos grandes, tan negros como su pelo, era licenciada en Derecho y trabajaba como asesora jurídica en una empresa dependiente de la Diputación de Valencia, al igual que la mayor de sus hermanas. Tal vez el padre, exconcejal de Unión Valenciana, las hubiera ayudado.

La comida transcurría en torno a la figura del exconcejal, patriarca de la familia, quien se sentaba en el lugar más visible de la mesa, presidiéndola, como Jesucristo en la última cena, y dirigía desde allí las conversaciones, ofreciendo consejos, si surgía el caso, o sentando cátedra sobre los más variados temas.

—En la vida hay que tener aguante. Soportar con dignidad los golpes —afirmó.

—Papá —intervino Amparo—, es que Juan está quemado con el Ejército. Se queja mucho. Y yo le digo «nene, ten paciencia...».

—Escúchame, Juan —dijo su padre, de nombre Crescencio—: la vida hay que afrontarla siempre con ánimos y con entereza. Quejarse no te ayudará, porque las cosas son como son y no como a ti te gustaría que fueran.

—No estoy de acuerdo.

—¡Che! ¿Qué dices? —le recriminó Amparo.

Las mujeres, hermanas y madre de Amparo, miraron de soslayo, como intimidadas. Solo lo miró abiertamente el marido de su hermana mayor, un labrador de naranjos de nombre Ramonet, quizá sorprendido, porque él sí acataba de buen grado todo cuanto dijese u ordenase el patriarca.

—Le explico, señor Crescencio: mis expectativas al entrar en el Ejército fueron unas y ahora son otras distintas. Y no puedo conformarme, como usted dice, con que las cosas sean como son y no como a mí me gustaría que fueran.

Crescencio recibió esa explicación con calma, esbozando una sonrisa paternal y comprensiva. Al contrario de lo que Juan a priori podía imaginarse, el padre de su novia no estaba interesado en ganarle ninguna batalla dialéctica y respondió, para su sorpresa, concediéndole buena parte de razón. Resultaba un hombre íntegro, de profundas convicciones y con una indudable sencillez. Tal vez por ello sus mujeres lo querían y respetaban tanto.

Habló a todos de forma distendida, para que nadie se sintiera desplazado ni ajeno a sus palabras, pero centrándose más en Juan, quien, aparte de haberle contradicho, estaba llamado a ser su hijo político, aunque sin duda iba a resultar menos acomodaticio que su ya yerno Ramonet.

—Hace casi medio siglo, el río Turia se desbordó e inundó Valencia, así como la casa donde vivía con mis padres, que estaba junto al cauce. El agua llenó las habitaciones y llegó hasta las ventanas.

—¡Ay, papá! —exclamó Amparo—, ¡otra vez lo recuerdas!

—Sí, hija. Con la casa destrozada por la inundación, a punto de ser arrastrado, me rescataron en el último momento. Sin embargo, antes de que me salvaran, mi madre, que estaba fuera de casa, falleció al intentar llegar a la vivienda. Temió por mi vida y terminó perdiendo la suya. ¡Ay, el amor de una madre!

—Papá —dijo la hija mayor—, eras solo un niño y pasaste por momentos muy duros. Perder a una madre...

—Sí, hija, para un niño no hay nada más doloroso que perder a su madre. Es un dolor del que nunca uno se recupera. Estuve abatido.

—Vaya, señor Crescencio, debió ser muy doloroso...

—Muy doloroso, Juan. Por eso, cuando hablas de tus problemas en el Ejército, no puedo sino sonreír. Cuando el corazón está alejado de Dios, las fruslerías del mundo parecen relevancias y sus oropeles poco menos que tesoros. Acércate a Dios, Juan, entrégate a Él y te marcará la senda correcta. Hoy pienso que Dios coloca problemas en nuestro camino... que no son problemas, sino regalos, como los llamaba santa Teresa de Calcuta...

Crescencio había hablado con mucha solera y empaque, y se ganó un silencio admirativo de los suyos. A la hija pequeña se le escapó un cariñoso «papá» y no añadió más que su mirada de amor hacia él.

—Hay una foto, Juan —dijo de pronto Crescencio, señalando un cuadro que había sobre la pared.

—Espera, me levanto —dijo Elvira, su mujer, en silencio durante toda la comida.

Al momento, ella descolgó el cuadro y se lo acercó al teniente.

—Observa —ordenó el patriarca—, mira qué bonita era mi madre. No hay día en que no me acuerde de ella. Ahora está con Dios y la veo reflejada en mis cuatro hijas.

En la fotografía en blanco y negro, se observaba a una mujer con los ojos pequeños y negros mirando hacia las alturas con piedad, como santa Teresa de Jesús.

—En cada tribulación, incluso cuando perdí a mi madre, me he encomendado siempre a Dios. Y Él me ha guiado.

Su mujer y sus hijas habían inclinado suavemente la cabeza para escucharlo.

—¡Ay, padre! —exclamó Amparo con admiración.

Después de comer, Amparo bajó al segundo piso para asearse. Era un edificio con cuatro pisos, siendo los tres niveles superiores propiedad de sus padres. En el piso de arriba vivía la mayor de las hijas, Marta, con Ramonet. Cuando terminó de arreglarse, Amparo era otra. Su belleza cambiaba a mejor con los aderezos: los labios rojos, la mirada negra y penetrante, la piel totalmente tersa, el pelo más voluminoso y sensual. Salieron a caminar por las calles de Ribarroja y, a pocos metros de distancia, se detuvieron frente a una estatua con un Cristo sufriente.

—A veces rezaba a este Cristo para agradecer que mi padre no muriera en la gran riada de Valencia —confesó Amparo.

Luego llegaron a un parque y se sentaron en un banco. Unos pájaros piaban de forma espaciada pero continua en lo alto de las ramas.

El sonido de una moto, abrupto, estridente, rompió una paz de ángeles y los despertó de un sueño con rumores de estanque.

Decidieron tomar el coche e ir a la casa del teniente Penalba: la residencia de oficiales de Valencia. Desde que se hicieron novios, hacía apenas unos meses, los viajes en coche de Juan entre Valencia y Ribarroja del Turia se habían vuelto habituales. Durante el trayecto de aquel domingo, ella hablaba sobre las relaciones humanas.

—Los hombres son superiores a las mujeres, porque iguales no somos, que no mientan las feministas —dijo Amparo—. Un hombre de verdad protege a su chica. Aunque lo neguemos mil veces, lo que más deseamos las mujeres es que un hombre nos respete y nos cuide. Lo llevamos grabado a fuego en los genes.

—Cómo se nota que eres abogada. Defiendes con buenos argumentos tu tesis.

—Es que lo que digo es verdad, che...

A veces, como una penitencia de su sexo superior, la relación se convertía para Penalba en un peaje por caminos estrechos, sobre todo cuando retozaban vestidos, como dos inocentes oseznos, sobre la cama de la residencia de oficiales. La habitación con balcón daba al puente de la Peineta o de Calatrava, en cuyo fondo ya no transitaba ningún río Turia.

La esencia femenina de Amparo se resistía a ser conquistada por el teniente, quien chocaba contra numantinas razones que le prohibían el paso.

—No, Juan, no puedo darte lo que pides. Cuando nos casemos. Hay que esperar.

—¿Esperar por qué?

—Poco a poco, nene. ¿No valoras que estoy contigo a solas en una habitación? Mis padres piensan que estamos callejeando por Ribarroja. Si se enteraran...

Mientras los coches circulaban sobre el puente de la Exposición o las personas andaban por el antiguo cauce del Turia, el teniente batallaba una vez más por conquistar la plaza inexpugnable de Amparo. Una y otra vez las sólidas defensas de su virginidad rechazaron sus ataques, así variase de posición o ritmo verbales o arremetiera con desesperados argumentos. Todo fue inútil, un día más.

—Que no, Juan, que no. Cuando nos casemos.

—Pero Amparo...

—No insistas.

Imposible rendir esa plaza.

Quedó frustrado y arrojado sobre la cama, debido al cúmulo de argumentos en balde. Ella se levantó y miró el puente de la Peineta y el antiguo cauce del Turia a través de las grandes ventanas que daban al balcón, ya bajo la luz crepuscular.

—Mi padre vivía al otro lado del río, pegado al cauce. Por allá —dijo, señalando, con la punta del dedo índice tocando el cristal, un punto lejano e indeterminado.

Penalba no respondió. Se sentía incompleto, como el vacío de crepúsculo que se observaba a esa hora tras los cristales. Abrieron los ventanales y pasaron al balcón; el teniente se colocó detrás de ella, que miraba entretenida las preciosas vistas de Valencia.

—El antiguo cauce... y pensar que mi padre pudo haber muerto ahogado en este río por el que ahora ni siquiera pasa agua...

—No es el único cauce seco que conozco —afirmó de forma extraña.

—Che, ¿y cuáles otros conoces?

Penalba no respondió.

Colocó ella las manos sobre la baranda y él desde atrás le acarició los senos, primero de forma suave y luego con mayor rudeza. Mientras, la ciudad, indiferente, seguía con su tráfico habitual de coches y transeúntes, y se dejaba notar una agradable brisa de comienzos de verano. Desde un balcón del cuarto piso, y sin ser visto, el capitán Sánchez-Vegas no perdía detalle de su subordinado, que vivía en una habitación

del tercero, en la trescientos veinticuatro, debajo de él a su derecha.

Sánchez-Vegas, aficionado a las mujeres, de vez en cuando escogía alguna chica guapa de su jurisdicción como secretaria o acompañante para su oficina, si bien lo hacía salvaguardando el decoro militar para poder siempre justificarse. Corrían rumores de que su habitación era un picadero de chicas militares, que para el teniente Penalba, testigo privilegiado, eran algo más que rumores: en más de una ocasión lo sorprendió con alguna mujer.

El capitán Sánchez-Vegas observaba cómo el teniente manipulaba desde detrás los pechos de la chica. Miraba hacia abajo con mucho interés, tratando de dilucidar si aquella mujer que manoseaba el teniente era alguna soldado del regimiento.

—Déjame, Juan, ya está bien —rezongó, apartando sus manos.

Instintivamente, Juan Penalba miró hacia arriba y por escaso margen consiguió ver al capitán, que hizo un movimiento rápido para no ser visto.

Pese a las apariencias, tal vez envidiadas por Sánchez-Vegas, a Penalba le dolían las limitaciones y estrechuras de la habitación, del trabajo y sobre todo de su devota novia, que le cerraba la puerta al paraíso.

© del texto: Blas Valentín Moreno, 2024
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2024
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: noviembre de 2024
ISBN: 978-84-19884-74-9
DL: L 796-2024
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.